

## EL CAPÍTULO PRIMERO DE *EL QUIJOTE* (II)

*Enrique del Pino*  
*Escritor e investigador*

### RESUMEN

Examino en este artículo la que podríamos llamar ‘cuestión previa’, cual es averiguar, en lo posible, las motivaciones que tuvo el autor del Quijote para presentar al lector, al mundo, un protagonista del que se ha dicho tenía evidentes señales de enajenación; aunque, y esta será la almendra: ¿fue realmente esa la figura a la que consiguió dar vida?

**Palabras clave:** Quijote, cordura, locura, necedad, sandez

### ABSTRACT

I examine in this article the one that we could call “previous question”, it means, to find out, in the possible way, the motivations that the author of the Quixote had to offer to the reader and the world a protagonist with evident signals of insanity; although -and this will be the almond-: that was really the figure he was able to give life to...

**Key words:** Quixote, sanity, madness, nonsense.

### **Cervantes y su idea de la locura**

Podemos preguntarnos: ¿dónde está el límite, la señal que separa la cordura de la locura? ¿A qué altura puso Cervantes el listón a su buen

aldeano manchego para que trocarse su nombre Alonso por el de Quijote? Porque, como en todas las cosas, siempre hay un instante en que se está o no se está, se es o se deja de ser; es decir: se deja de ser esto para ser lo otro. Para nuestro don Miguel, el hacer transitar a su personaje de la cordura a la locura debió parecerle un acto emocionante, tanto que bien le valía para cimentar su historia. Si conseguía realizarlo, quiero decir darle visos de realidad, tendría resuelto un altísimo porcentaje de ‘su’ problema llamado novela, pues lo poco que restase apenas si habría de consistir en poner un ladrillo sobre otro, o lo que es lo mismo: una aventura sobre otra. Por eso la pregunta es: ¿lo logró? El personaje que presentaba ¿estaba verdaderamente loco? Porque si lo estaba no le quedaba otro remedio sino demostrarlo. Tenía necesidad de hacer saber a las generaciones que imaginaba habrían de leer su ingeniosa construcción que las cosas que pensaba, decía o hacía el hidalgo, o dejaba de pensar, decir o hacer, eran propias de un orate. No cabe duda que se le planteó este problema desde el principio. Tan fue consciente de ello que dedicó todo el capítulo primero a informarnos que nos las tendríamos que ver con un demente. Sólo que hasta aquí no pasaban de ser palabras. Palabras solamente, porque las cosas que nos aclara que piensa, dice o hace en las primerizas líneas no se corresponden con la realidad ‘locura’. Y si esto es así, como trataremos de dilucidar, ¿a qué venía emplear este término, no ya al principio de la novela sino a lo largo de ella? Para poder responder a esto tendremos que resolver, si somos capaces, dos enigmas iniciales, tales como averiguar qué entendía por locura, y, si logramos esclarecerlo, tratar de descubrir por qué anduvo remiso en presentar a su personaje como preso de ella. Porque, en efecto, usó del eufemismo, y esto sin necesidad. Hasta se llega a pensar que no tuvo claro a la hora de tomar la péñola cuál iba a ser la configuración que iba a darle a la mente de su hidalgo.

Una sola vez cita a lo largo del susodicho primer capítulo la palabra ‘loco’, y es para decir que Don Quijote lo está en grado eminente, cuando escribe que “...vino a dar en él un extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo...” (Q. I, 1), con lo cual nos induce a entender que, puestos a haber locos repartidos por el planeta, el buen aldeano aventajaba a cualquiera otro con quien se le cotejase; es decir, que estaba loco, aunque... tomándole

por término de comparación. Las palabras ‘locura’ y ‘loco’, en tanto que sustantivas y directas, no las emplea. Después, en el decurso de la novela, ya no tendrá inconveniente en utilizarlas, si bien en diversos contextos, pero eso será después, cuando los hechos le vayan poniendo a prueba<sup>1</sup>. Por el momento, del mal que aqueja a nuestro personaje sólo tenemos noticia a través de una referencia indirecta, porque lo que le ocurre a Don Quijote es que es víctima de un ‘extraño pensamiento’. Nada menos que eso.

La figura ‘extraño pensamiento’ parece coherente, sin embargo, por cuanto que líneas más arriba nos aclara que quiere decir pérdida del juicio, entendiendo a este como sinónimo de razón o raciocinio. Como ‘extraño’ significa ‘fuera de’<sup>2</sup>, tendríamos que lo que le advino a Don Quijote fue que el pensamiento dejó de estar dentro de él, o, lo que es lo mismo, lo sacó o se le escapó al exterior, que para todos los efectos era el mundo que le rodeaba. De cómo era ese mundo, si real o ficticio, y que a este hacerse ajeno o enajenarse debamos llamar locura es algo que veremos. Ahora corresponde insistir un poco en los términos.

Las alusiones que hace, todavía sin salir del mismo capítulo, a lo que entendemos por razón o raciocinio, para lo que reserva la palabra ‘juicio’, como acabo de señalar, son tres. La primera, al comienzo del párrafo tercero, donde dice: “Con estas razones [de las que se enteraba por sus continuas lecturas] perdía el pobre caballero el juicio...”; la segunda, en el cuarto párrafo, “...y así, del mucho leer y poco dormir, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio...” Y la tercera, ya en el quinto, al escribir: “En

- 1 Las menciones son abundantísimas, y no es el caso hacer relación de ellas. Veamos, no obstante, dos muestras de la Primera Parte y otras dos de la Segunda: “Hiciéronlo así: diéronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura...” (Q. I, 7). “...volvió Sancho la rienda a Rocinante y se dio por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo estaba loco...” (Q. I, 26). “Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. El generoso león...” (Q. II, 17). “Sabed, señor, que a mí me llaman el bachiller Sansón Carrasco; soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura...” (Q. II, 65).
- 2 Según Corominas, el término ‘extraño’ ya estaba en uso en 1140, procedente del latín, con el sentido de ‘exterior’ y ‘ajeno’, y también de ‘extranjero’, y de ahí buen número de derivados. En todo caso, su raíz es ‘extra’, fuera de (COROMINAS, J., *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid, 1976).

efecto, rematado ya el juicio...” Así que dos veces perdido y una rematado, claro está que porque previamente lo tenía sano y vivo. O lo que es lo mismo, porque estaba en el uso natural de su razón, o sea cuerdo, asumía el riesgo de perderlo, y lo perdió. Es consecuente, pues sólo estando en ‘posesión’ de una mente normal ello es posible. Don Quijote, hallándose en ese estado apacible que es la normalidad –la normalidad siempre es apacible, pues el espíritu apacienta en armonía; a-paz-posible–, se altera, se hace otro yo, *alter ego*, un segundo yo; aunque, ¿por qué le ocurre esto? Cervantes nos dice que por algo tan vulgar como el dormir poco y leer mucho. Un defecto o un exceso –o dos excesos– que habrán de ser tan fatales como decisivos en la vida del caballero, sobre todo porque los libros que leían eran los de caballería.

Don Quijote estaba acostumbrado a salir de cacería. Físicamente reunía condiciones para ello, pues “...era de complexión recia, seco de carnes..., gran madrugador...” (Q. I, 1), lo que le llevó a ser “amigo de la caza” (Q. I, 1), lo cual, para la época, ya empezaba a ser una práctica popular, aunque todavía reservada a personas –hombres, por lo general– que hoy llamaríamos pudientes. El hidalgo manchego lo era, si bien con moderación, por lo que se podía permitir el capricho de ejercitarse en su afición cinegética –de la que no sabemos si era montería a pie o a caballo, cetrería, caza mayor o menor, con trampas, etc., pues no se nos explica<sup>3</sup>, que debemos presumir satisfaría a primera hora de la mañana. Como disponía de mucho tiempo libre, casi todo el día, en un momento dado se decidió a ocuparlo leyendo libros de caballería, “...los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballería.” (Q. I, 1). Para un hacendado cómodamente instalado en una comarca tranquila como era La Mancha, cultivar o alternar ambas aficiones no tenía que resultarle necesariamente un problema. De haber querido, es decir de haberlo querido Cervantes, pudo haberse levantado temprano, salir a cazar, volver al hogar y dedicarse a la lectura con toda placidez, a la luz del día; luego, al anochecer, ensabanarse de nuevo y descansar. Sin embargo no lo hace así. Le tomó ‘tanta afición y gusto’ a las historias que leía que empezó

3 Leemos: “La equitación, la esgrima, la montería y la cetrería dejaron de ser patrimonio de la aristocracia y se fueron extendiendo a todas las clases sociales...” La cita hace referencia al reinado de Felipe II (*Historia de España y de América*, vol. 3, Vicens Vives, Barcelona, 1972).



a pasarse “las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio” (Q. I, 1), en tal grado de abuso que “casi olvidó de todo punto el ejercicio de la caza” (Q. I, 1). Al parecer, la combinación ‘dormir poco y leer mucho’ le afectó notablemente. Sustituir el ejercicio de la caza por la lectura supuso, en principio, una pequeña dislocación de su persona, dicho sea con la necesaria cautela, pues no se trató de un simple cambio en tal o cual costumbre sino en el régimen de vida, que no otra cosa significa el pasar más o menos repentinamente de la acción a la inacción, del activo caminar al pasivo permanecer en reposo. La actividad física que el salir de cacería suponía beneficio para su salud quedó reducida a la meramente mental, que, con no ser intrínsecamente mala, debió aumentar o agravar los achaques que padecía<sup>4</sup>.

4 Los intentos por fijar el cuadro psiquiátrico y clínico de Don Quijote son abundantes. El primero de que tenemos noticia se publicó en 1836; su autor fue Antonio Hernández Morejón; su título ‘Bellezas de medicina práctica en el Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha’.



Portada de la edición de *El Quijote* en 1685.

Cervantes debió pensar que con tales alusiones dejaba suficientemente claro que su Quijote no estaba cuerdo, o que lo estaba pero no tanto, o que sin estar loco del todo tenía avenates, o caídas, o rachas ‘extrañas’, de manera que siendo un hombre lúcido era víctima de sofocos, o que perder el juicio era neurosis pasajera, o que sólo tenía alucinaciones, o... Tan claramente dejó dicho que esa era la manera de padecer Don Quijote la locura que fue suficiente para que los investigadores la tomaran como premisa y punto de partida para levantar el edificio que en la actualidad constituye el *corpus* quijotiano. Sin embargo, quizás sea este el momento donde deba adelantar la especie que alegaré en este estudio, cual es mi creencia en que no la padeció, a pesar del mismo Cervantes, sin descartar la posibilidad de que intencionadamente quisiera presentarlo como loco para que se entendiese lo contrario. No es cosa baladí si nos preguntamos por qué ‘despachó’ en unos pocos renglones, con la excusa de hacerle caer en las redes de su desmedida afición a leer libros de caballería, nada menos que la dramática circunstancia de la pérdida de la razón de un hombre. Porque una de dos: o queremos entender que la locura de Don Quijote es efectivamente locura, estado mental morboso y ahí queda todo, y por tanto es el dato esencial que anima la obra entera, o consideramos que no pasa de ser mera figura retórica, diversión, quizá reflejo espiritual del mismo Cervantes, cuya vida quiso deslizar subrepticamente bajo la envoltura amable de un rústico manchego. En el primer caso cabría preguntarse por qué no la justificó en tiempo y forma debidamente, aún al principio, en vez de sólo esbozarla, y si estamos ante el segundo la pregunta tendríamos que hacérsela no tanto a don Miguel como a la legión de estudiosos que con el paso del tiempo han elevado la anécdota a categoría.

Porque son estos, los intérpretes y parafrastes autodenominados cervantistas, los que han considerado, hasta hoy, que las palabras de Cervantes acerca del estado mental de Don Quijote no dejan lugar a dudas: ya estaba loco cuando se puso en camino, por primera vez, a la búsqueda de aventuras<sup>5</sup>. A partir de ahí se han disparado las más peregrinas teorías,

5 Es interminable la lista de autores que han considerado literalmente loco a Don Quijote, bien que siguiendo la pauta marcada por Cervantes, a cuya demencia no han tenido

desde la medida al atrevimiento, en muchos casos con tendenciosa intención, con lo que tenemos que de resultados de las andanzas del ‘loco’ hidalgo se ha pretendido dar sentido a las más atrevidas teorías. Así, Cadalso<sup>6</sup>, que veía disimuladas u ocultas entre las extravagancias y rarezas de un orate “misterios profundos e importantes”, aunque nunca dijo cuáles. Unamuno<sup>7</sup>, que entresaca de la novela los materiales que estima convenientes para dar forma a algo así como el ser de España; Ortega<sup>8</sup>, que ve en Don Quijote el hombre capaz de disolverse en su circunstancia transformándolo en tarea o quehacer creativo, y así muchos otros con posterioridad, a los que no han faltado ‘argumentos’ para explicar su locura. El resultado es el que conocemos: una maraña de ensayos de la que no se sabe bien cómo salir airoso. Todo el mundo ha creído que es capaz de escribir acerca del Quijote, agregar a su lista de éxitos literarios su pijotadita correspondiente –con toda honradez, creo que debo incluirme– por si el día de mañana puede resultar provechoso. De ahí que sea necesario poner orden cuanto antes y precisar con claridad el verdadero sentido que tenía la palabra locura en la mente de Cervantes, por lo pronto y para nuestro objeto, cuando lo presenta al inicio de la narración.

En la cultura humanística de la época se daba por entendido que la pérdida del juicio era, necesariamente, locura. Lo que hoy consideramos enfermedad mental, enajenación de la razón en sus distintas modalidades: neurosis, esquizofrenia, paranoia, etc., ya existía para la ciencia médica de entonces y conllevaba su tratamiento, aunque en la mayor parte de los

reparos en añadir adjetivos afines, como visionario, utópico, fantasioso, soñador, etc., en función de lo cual han desarrollado sus puntos de vista. Sin embargo, no todos han sido tan simples y elementales. Valga como ejemplo la opinión de Vargas Llosa, cuando escribe: “La literatura caballeresca que hace perder los sesos al Quijote –esta es una expresión que hay que tomar en sentido metafórico más que literal...” (VARGAS LLOSA, M., *Una novela para el siglo XXI*, ed. IV Centenario, RAE, Madrid, 2004), o la de Eduardo Chamorro, que deja a juicio del lector el diagnóstico, cuando dice: “Puede que Don Quijote esté loco y puede que no, es una cuestión que el lector decide en función de su locura y de su experiencia...” (Chamorro E., *El ejemplo del ingenioso hidalgo*, El Mundo, Madrid, 1999).

6 CADALSO, J., *Cartas marruecas*, carta XVI, 1789.

7 UNAMUNO, M. de, *Vida de don Quijote y Sancho*, 1905.

8 ORTEGA Y GASSET, J., *Meditaciones del Quijote*, 1914.



casos fuese una práctica siniestra –por cuanto que los ‘pacientes’ solían ser apartados del común y abandonados a su suerte, salvo aquellos que la tenían de cara y eran recogidos y atendidos por personas de buen corazón o comunidades hospitalarias<sup>9</sup>, pero se solía denominar también locura a otras manifestaciones benignas, sin duda inofensivas, más propio del gracioso de las comedias que del sujeto peligroso. A esta especie pertenecía la amplia gama de personajes que iban y venían de un lado para otro por las callejas de las ciudades, villas y aldeas, desde el pícaro al tonto del pueblo, desde el distraído al sandio, desde el estulto al necio, sin que en ningún caso se les considerase locos patológicos. Antes al contrario, podía suceder que, quienes tocados por alguna de estas gracias, adquiriesen un

9 Hasta el siglo XIX, e incluso después, los locos fueron tratados de forma inhumana, y esto se puede aplicar a la Europa y América civilizadas. En una crónica francesa de finales del XVIII, en plena revolución, se puede leer: “Los dementes, mugrientos como cerdos, yacían en sombríos receptáculos, cubiertos de paja podrida hasta el cuello; vestían unos viejos harapos, y su abandono y su desfiguración eran tan horribles que resultaba difícil distinguir a los hombres de las mujeres. Los parásitos les habían llenado el cuerpo de úlceras, y los más furiosos se habían causado profundas heridas de repugnante aspecto. Muchos habían perdido los pies por congelación...” (POLLAK, K., *Los discípulos de Hipócrates*, p. 274, trad. de Manuel Vázquez, Plaza y Janés, Barcelona, 1969).

perfil susceptible de pasar por tolerable, siempre que mostrasen maneras dignas y arregladas a la moral, se beneficiasen de cierto reconocimiento social. Pero quien a esta condición añadía alguna rareza de carácter ejemplarizante, o sin más entraba en el ámbito de la sublimación espontánea, podía ser tenido por hechizado o alucinado, con lo que ponía pie en una esfera considerada superior, como la de la fantasía. De este modo emergía nítidamente la figura del soñador, hasta llegar a individualizarse. Pues bien, también a estos les estaba reservado el calificativo de loco. A todos cuadraba, al parecer, el término locura. Es evidente que de alguna manera podemos considerar hoy que es así.

Al parecer, la pauta viene dada en todos los casos por la realidad; es decir, por cómo esta es percibida, aprehendida y asimilada por el sujeto sano. Para éste la realidad es lo que es y no otra cosa, y así, propende a comportarse naturalmente, por tanto con lógica, pero si no está en sus cabales la percibe errónea y desfiguradamente y ve en ella un obstáculo y una causa suficiente para alterar el comportamiento. Según esto, por cómo puede ser percibida distorsionadamente, se podrían establecer tres grupos de afectados por el mal de la 'locura', —claro es que sin entrar ni por despiste en el campo de la psiquiatría—, que serían: 1º, el de los locos, propiamente dicho, que quedaría constituido por los enfermos mentales, en cuyo estado permanecen; 2º, el de los sandios, integrado por los que de una u otra manera malviven al margen de la norma, con más o menos consciencia de su situación, incursos, en todo caso, en patologías menores, constantes o pasajeras, y 3º, el de los visionarios y soñadores, sujetos a delirios esporádicos, por lo general de corta duración.

¿A cuál de estos modelos quiso ajustar Cervantes su Don Quijote, si es que verdaderamente lo quiso? Porque la razón, en su estado prístino y natural, es cordura, de ahí que se ejercite de forma 'acordada', y aunque permita ser apreciada según patrones establecidos por la ciencia médica —como ocurre en la actualidad, en que se mide todo, desde el coeficiente intelectual hasta el grado de listeza o vivacidad, la habilidad mental o manual, el 'repente', la chispa, etc., todo sea por distinguir al más inteligente, al más listo, al más despierto, olvidando, a veces, que basta con estar en pleno juicio para ser una persona cuerda, que ya es bastante—, no nos importa tanto aquí y



ahora como la gradación que podamos hacer de la locura. Bajo este supuesto tenemos que preguntarnos en cuál de los grupos mencionados, siquiera por aproximación, instaló Cervantes a su manchego.

La lectura del Capítulo Primero nos muestra que Don Quijote no estaba clínicamente loco, valga la expresión. Después de enterarnos del medio en que vive, de lo que come, de lo que viste, de qué personas se rodea y de sus aficiones –cazar y sestear– comprobamos que todo es ajustado a la que podía ser la aburrida vida de un pequeño burgués maduro en cualquier comarca española<sup>10</sup>. Mas, de pronto, advertimos que hace un ‘extraño’, como

10 “Más que loco es una persona sensata que se ha hecho mayor, se ha aburrido y sale a buscar su realidad con una desfachatez que, en el fondo, es seguridad en sí mismo...” (GUERRA GARRIDO, R., ‘Vivir la Cultura’, *Suplemento Especial Don Quijote*, Sur, Málaga, 24.12.2004).

lo es incorporar la lectura a sus hábitos, no por el hecho de leer, que es lógico y saludable, ni siquiera por la naturaleza de los libros que lee, que son todavía habituales en la época, sino por ejercitarse en ella durante la noche, cuando no tenía necesidad de hacerlo así. Aun con esto a nadie debe parecer locura. Y si para destacar que lo es se arguye que es cosa de locos servirse de la luz de una vela, teniendo la del día a entera disposición, entraríamos en el terreno de las comparaciones pueriles, ya que lo mismo se podría decir del lector actual que lee a la luz de una bombilla, y bien que nos cuidamos de llamarle loco. Otras noticias al respecto –olvidarse de cazar, descuidar la administración de la hacienda, vender parte de las tierras, almacenar libros, los que de caballería pudo encontrar– siguen entrando en el territorio de las actuaciones normales, en las que también incurrimos los hombres modernos, sin que tampoco por ello los tomemos por locos. No se ve, al menos en lo leído hasta ahora del capítulo inicial, un signo patológico decisivo, como tampoco cuando nos informa de sus opiniones acerca de los personajes de tales libros o de las pláticas que suele mantener acerca de los mismos con el cura y el barbero del lugar. La idea de normalidad, en todo caso, prevalece.

Al llegar a este punto sabemos que, después de decidir hacerse caballero andante, se ocupa de armarse. Va un desván, mira lo que tiene, que está en mal estado, y lo adecenta. En esto ve que la celada no está de recibo y hace una chapuza; para probar su resistencia le da un espadazo y la rompe de cuajo; entonces la rehace y, atención a esto, desiste de hacer nueva comprobación con un segundo golpe, en evitación de otro descalabro, lo cual debe ser visto no ya como la reacción de un loco sino, al contrario, como respuesta de quien está enteramente cuerdo. El resto del capítulo sirve a Cervantes para contarnos las cavilaciones del hidalgo para dar nombre a su caballo, a su dama y a sí mismo, todo lo cual carece de relevancia en el plano discursivo que analizamos. El resumen de lo dicho no puede estar más claro: Don Quijote no aparece como lo que entedemos hoy por enfermo mental, no está loco de atar –aunque más adelante, debido a una acumulación de adversidades, será para algunos loco de ‘enjaular’–, y, por lo tanto, no se puede admitir sin más que las menciones a la pérdida del juicio que hace el autor deban ser entendidas literalmente. Es preciso,



por consiguiente, una vez llegados al final del primer capítulo, descartar esta premisa.

La segunda posibilidad, que fuera idiota, necio o sandio, puede valorarse desde otros puntos de vista, aunque convendría recordar qué significaban estos términos entonces. El humanista Erasmo de Rotterdam había hecho hablar a la Sandez en su ‘Elogio de la locura’ (1508) como diosa y jueza capaz de señalar con el dedo a los que entendía como corruptos y pecadores de su tiempo, ya fueran personas o instituciones, lo que, por haber sido escrito por un católico poco ortodoxo, se diría que subversivo, no deja de ser atrevimiento<sup>11</sup>. Pero no fue así, y su libro gozó de gran aceptación<sup>12</sup>. ¿Podemos aplicarle el cuento a Don Quijote? Para responder a esto será

11 La conocida prosopopeya consistente en hacer hablar a los vicios y a las virtudes, como a cualesquiera otros seres abstractos, eran común en la Antigüedad, se mantuvo en el Medievo y fue revitalizada en el Renacimiento. El atrevimiento al que aludo hace referencia al hecho de que Erasmo presenta a la Sandez como ‘virtuosa’, lo cual es, a mi juicio, una inversión *in re* impropia.

12 Aunque existe traducción al castellano de 1842 (A. Gironella), la versión más fiable es la de Julio Puyol, editada en Madrid en 1917 con el título *Elogio de la Estulticia*.

preciso seguir indagando en estas sutiles cuestiones; esto hecho, encontramos, en el texto de uno de sus prologuistas, que "...la palabra locura no tiene en castellano la misma significación que la palabra estulticia, de igual modo que en francés la voz *folie* no significa lo mismo que *démence*, y de los estultos y no de los locos habla Erasmo en esta obra. *Stultus* quiere decir necio, fatuo, estólido, ignorante y quizá mejor insensato, aunque tenga también la acepción de loco, mientras que la palabra locura, si bien en uno de sus sentidos expresa también idea de necedad e insensatez, empléase principalmente para designar el fenómeno patológico que consiste en la pérdida de la razón, y que corresponde en latín al vocablo *insania*..."<sup>13</sup> Como vemos, para este autor la distinción entre 'loco' y 'sandio' está clara, aunque admita una cierta anfibología. Pero todavía insiste en citar a Nebrija, que traduce en 1513 *stultia* por "aquella bobería y poco saber", añadiendo que "personas hay que nada poseen de bobas y a las cuales, sin embargo, puede calificarse de estultas en el sentido erasmiano, como existen otras que se hallan en su sano juicio, según generalmente se entiende este concepto, y no obstante, adolecen de la susodicha estulticia. Necedad, estupidez, simplicidad, ignorancia, tontería, imprudencia, disparate, fatuidad, vanidad, insensatez, son términos que pecarían por defectos análogos a los de los anteriores"<sup>14</sup>, con lo cual tenemos una nueva valoración dentro del segundo grupo citado, el de los sandios, ya que habría que distinguir a las personas que, 'hallándose en su sano juicio', sin embargo, adolecen de tal, tal y tal... Esto puede servirnos para subrayar que tampoco se compadece el diagnóstico con Don Quijote, dado que encontrándose o no en su sano juicio ninguna de las desgracias señaladas le cuadran, pues ni era ignorante ni fatuo ni vanidoso ni simple, etc. Así tenemos, por lo ya visto, que ni estaba loco ni era un necio. Nos queda ver si formaba parte del grupo de los soñadores.

13 No obstante lo dicho en nota anterior, la cita corresponde a una edición de hace 64 años, según traducción y notas de José Bergua (Erasmo, *Elogio de la locura*, p. 20, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1945).

14 *Idem*, p. 20.



[...]y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar la aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama[...] (Q. I, 1).

He aquí la ensoñación: ‘ejercitarse en todo aquello que había leído’. A partir de este deseo se le desborda la imaginación y ya le da igual creerse emperador de Trapisonda que vencedor del gigante Caraculiambro. Todo

es sueño, fábula, fantasía y no sólo le parecerá válido sino que actuará convencido de que lo es. No olvidemos que toma la decisión porque le pareció ‘conveniente y necesario’, dos condiciones que únicamente tienen sentido si se asientan en una mente sana.

No se encuentra a lo largo del capítulo de ingreso párrafo, situación o escena en que Don Quijote transforme su fantasía en aberración, única circunstancia que nos permitiría tenerle por loco, dando al término ‘aberración’ sentido de inmoral o contrario a las leyes de la naturaleza, o, en definitiva, a sus más profundas e íntimas convicciones. Si así fuera, si hubiese incurrido en ello, Don Quijote estaría verdaderamente loco, es decir instalado en un mundo que le era ajeno, enajenado, sin ninguna posibilidad de escapatoria. Pero no es así. Por más que algunos pretendan defender la tesis de que es un perturbado mental no es posible demostrarla, y, a la postre, por todos los caminos se le llega a ver apostado y feliz en el lado de los cuerdos. Esta es la gracia de convertir la imaginación en fantasía.

La imaginación puede adentrarse en el área de lo no existente bajo dos supuestos, el de lo posible o el de lo imposible, el que actualiza en imágenes aquello que fue o será, o lo que nunca fue ni nunca será. En ambos casos resulta ser constatación de lo que somos, regentes de una naturaleza que hemos convenido en llamar humana, sólo sea por dar salida al caudal interior que nos define como animales avanzados, capaces de recordar —nótese que ‘recuerdo’ viene a ser una forma de reafirmar la cordura—, soñar y desear. A partir de ahí construimos una plataforma de figuras subjetivas, aunque no menos ‘real’ que las existentes en el mundo que creemos entender como sensible, el que vemos, tocamos y pisamos con los ojos, las manos y los pies. Don Quijote es arquetípico porque es el primero que produce ‘realidad’ con el solo material llamado ensueño, o, lo que es igual, eleva la ensoñación al grado máximo posible de corporeidad, y esto, que en una sociedad normal ya es cordura, en la que se siente agarrotada por saberse infeliz, oprimida y no libre, como era la que le tocó vivir, raya en arte. “El punto de vista de Don Quijote, basado en la alucinación, es desafortadamente subjetivo. Pero él mismo reconoce, en la discusión acerca de la bacía y el yelmo, que ‘así, eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa’. La locura de Don Quijote actúa



de tal suerte como el revulsivo que saca a relucir la variedad de aspectos o facetas que contienen los objetos, y cuya percepción o descubrimiento depende de la intervención de los sujetos activos.”<sup>15</sup> Por otra parte, escribe otro tratadista: “...el mundo, tal como se le ofrece al hombre, es susceptible de varias interpretaciones, exactamente igual que los nombres son susceptibles de varias etimologías.”<sup>16</sup> Es decir, la alucinación como soporte de un mundo sensible susceptible de ser interpretado o sentido –o vivido– de infinitas maneras, tantas que lo que a él parece esto a Sancho parecerá lo otro, y así ocurrirá con cualquiera. El relativismo es pieza fundamental en su discurso. Nada es lo que parece, o todo es según nos parece, al más puro estilo platoniano. ¿Dónde está el toque de locura de que tanto se han ocupado los estudiosos? Cervantes mismo, probablemente, no lo tenía claro. O tal vez demasíadamente claro, vayan ustedes a saber.

Nos encontramos, pues, ante una situación insólita. De una parte tenemos un hombre al que llamamos loco, pero que no lo es, ni clínicamente

15 GUILLÉN, C., *Cauces de la novela cervantina*, ed. IV Centenario, RAE, Madrid, 2004, p. 1147.

16 SPITZER, L., *Perspectivismo lingüístico en el Quijote*, Gredos, Madrid, 1955, p. 161.

ni por asimilación simpática ni por sujeto de la cualidad que nos define como humanos, cual es la imaginación (o entendimiento), alterada en un momento concreto, y de otra, por mucho que nos asombre, al que es presentado como tal nada menos que por su creador, que le insufla vida y le pone en el mundo. Ante esta situación, ¿qué podemos hacer? Porque, o damos validez a lo dicho en primer lugar o tenemos que admitir que Cervantes no decía la verdad de lo que pensaba, y esto en tres posibles sentidos: 1º, que ignorase la trascendencia de los vocablos ‘locura’ y ‘loco’ en cualquiera de sus formas, ya estudiadas; 2º, que, conociéndola, minimizara las consecuencias y pretendiese jugar con las palabras, al punto de mostrarnos un universo de ironías, metáforas y malentendidos que desembocasen, al cabo, en la figura de un rústico provinciano amable, honrado y honesto aceptado por todos los públicos, el presente y el venidero, y 3º, que deliberadamente quisiera enviarnos en forma de mensaje cifrado algo más que una historia divertida. A estas cuestiones tenía que dar respuesta.

Es impensable que Cervantes desconociera el valor de las palabras que pone en boca del narrador o de sus personajes. Era un hombre instruido, con un discurso lógico, y aunque parece demostrado que su cultura adolecía de carencias importantes solía llamar a las cosas por su nombre. No, no hay ignorancia, ni conceptual ni formal en su proceder. Tampoco se puede decir que pecase de frívolo a la hora de escribir, de manera que le diese igual ocho que ochenta; y, por último, estaba al cabo de la calle respecto a ensueños vanos y quimeras. Sus experiencias eran lo suficientemente ‘reales’ como para no tenerlas en cuenta. Además, ya no era un niño. Sabía que no tardaría la hora de poner ‘un pie en el estribo’. No disponía de mucho tiempo. Lo que tuviera que decir lo tenía que decir ya. Siempre que, claro está, tuviera algo que decir.

Hemos visto líneas arriba que Don Quijote se decide, al fin, a ponerse ‘en ocasiones’<sup>17</sup> y peligros’ a partir de, o precisamente por, sus incesantes lecturas, que son, como sabemos, las que le proporcionan los libros de caba-

17 En nota de la edición IV Centenario, de la RAE, se señala ‘lance’ como sinónimo; yo creo que cuadraría mejor ‘riesgo’, reservando el término ‘ocasión’ para dar énfasis a la idea de peligro; así lo he transcrito en mi versión, ya conocida por los lectores.



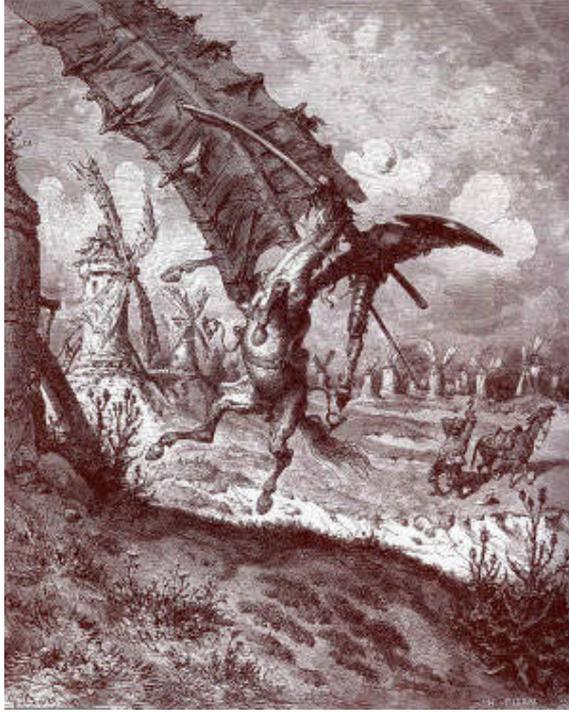
llería. La mención expresa a estos es crucial para entender que Cervantes, que declara varias veces su decidida intención de actuar contra ellos, estima peligroso el ejercicio del caballero andante, protagonista indiscutible de los mismos. Dotar a su Quijote de semejante rol es ponerle en la liza del riesgo permanente. Como punto de partida o de arranque para un narrador no se puede pedir más pero como muestra de ingenio no pasa de ser una novela más que añadir al acervo caballeril conocido. Sin embargo, independientemente de las razones profundas –personales– que albergase para poner manos a la obra, debemos admitir que en él encuentra la excusa ideal para urdir una historia con que dar salida viable a sus ansiedades. Porque ansiedad, ahogo, asfixia, decenas y decenas de pensamientos transitan por su magín, y no menos vivencias, experiencias, sentimientos por las venas de

su cuerpo. Tiene, siente necesidad de decir cosas, de desahogarse; quiere experimentar de nuevo, a sus años, emociones renovadas, no menos que las que nos dice toman asiento en la mollera de su afanadísimo, ejemplar aldeano: “...llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles...” (Q. I, 1). Talmente, disparates imposibles. ¿Quién es el que quiere realmente afrontar el riesgo, tanta aventura, Cervantes o Don Quijote?

Salvo que queramos ver que creador y criatura son la misma persona, bueno será no perder de vista que el personaje es sólo eso, invención. Cierto es que su devenir ‘en la historia’ le ha dotado de lo que se podría denominar encarnadura visible<sup>18</sup> –por eso nos parece físicamente realpero, entre nosotros, sigue siendo un invento. Su virtud consiste en que sirve magníficamente a su progenitor para que este se manifieste como nacido de madre. Y como tal, en aquellos días en que un siglo se apaga, le llega la luz cósmica –la alucinación– y, ¡eureka!, salta la chispa del genio. Ya tiene la solución a su problema. Ya puede largar por ese pico y poner la casa patas arriba sin que nadie, absolutamente nadie, encuentre serias razones para impedirselo.

“Lo que tengo que hacer –se diría– es poner palabras cuerdas en la boca de un loco”. Claro que la credibilidad de un loco es, ya se sabe, humo de pajas. Por eso, como la nube pasa pronto pero la tierra queda irrigada, lo que diga un loco, un imbécil o un soñador, valdrá a lo sumo, y como correspondencia, no más que una emoción que mueve a lástima, a la indiferencia o a la risa. Nadie que esté en su sano juicio tendrá en cuenta lo oído o leído. De este modo puede decir Cervantes todo lo que quiere afrontando ‘el riesgo y la ocasión de peligro’. Genial. Tanto más por cuanto que con su ingenio está poniendo al descubierto lo que muy pocos quieren ver, a saber, que quien está verdaderamente loca es la sociedad, o una parte de ella, o dentro

18 Las ilustraciones que han acompañado a las ediciones del Quijote son innumerables pero lo importante es que una gran parte se debe al genio de los grandes artistas, especialmente en los siglos XVIII, XIX y XX, aunque ya se pueden añadir nombres preclaros del siglo actual. Por citar algunos, recordemos a Goya, Doré, Fragonard, Sert, Muñoz Degrain, Chagall, Picasso, Dalí, Pollack, Mingote, etc.



de esa parte la pizca engreída que detenta el poder. He escrito ‘detenta’ a sabiendas. El planteamiento, pues, queda invertido, prepostergado. Ahora resulta que Don Quijote está cuerdo y la minúscula cima que le gobierna está loca. El mundo al revés. Pues sí señor, el mundo al revés. Justamente lo que Cervantes piensa y quiere decir. Y que dice. En los pensares y haceres de Don Quijote, el hombre cuerdo que pasaba por rematadamente loco que sólo podían ‘ver y sentir’ los cuerdos, los auténticamente cuerdos, el pueblo no contaminado, que se limita a conservar lo único que tiene de valor, el buen juicio. Este es el Don Quijote del cuento. Si se me permitiera inventar un palabra para redefinirlo escribiría ‘locuerdo’, tal vez ‘cuerloco’. Sí, Don Quijote es el cuerloco español. Ya lo he escrito.

Porque el fenómeno no es exclusivo de la época, la que le tocó vivir a don Miguel ni otra alguna, desde que un anciano se erigió en patriarca de la tribu, allá en la noche de los tiempos, hasta ayer tarde. ¿Quién no ha

visto, o vivido, en nuestro mundo presente -el que se dilata y toma cuerpo en nosotros, pues como tal presente no tiene consistencia- que un poseído, o un grupo, toma las ínfulas del mando y hace y deshace a su albedrío, ‘ajeno’ a los principios elementales, como si hubiera sido tocado por la vara del gran señor de la ciencia infusa, que en su primitivo entender suele ser asimilada a una cifra emergida de unas urnas? Y esto cuando hay urnas, porque no faltan ejemplos en que no se ven por ninguna parte. En el mundo entero. Tanto da en el África como en el Asia, ya en América ya en Europa. La vorágine de la locura alcanza a todos, se entiende a todos los que han perdido el paso en la parada triunfal de los enanos. Entonces acontece que son los rematadamente locos los que llaman así a los que están verdaderamente cuerdos, dándose el abracadabrante contrasentido de acabar siendo éstos los perseguidos por aquéllos, que viene a ser algo parecido a la chusca imagen del cazador que corre delante de la liebre. En esas estamos. Dense una vuelta por América del Sur, por la África bruna, por la Asia amarilla... ¡Ay la inmensa Asia! Atención. Llamada de atención a los que lean estas líneas dentro de cien años, si es que para entonces existen libros, porque hasta puede suceder que las hogueras hayan hecho para entonces su infame trabajo, una vez más. De eso, de hogueras y libros sabía bastante Don Quijote. Y el cura, y el barbero, y la ama... A propósito, ¿quiénes eran ellos para allanar nada menos que la biblioteca de un vecino y convertirla en cenizas? Aunque en otros artículos podamos ver esto con detalle, no estará de más que ahora quede flotando la pregunta: ¿quién o quiénes habían perdido la razón?

De momento, por ahora, quisiera dejar en el aire la idea de hasta qué punto Cervantes no se sentía ‘caballero andante’, porque no podemos olvidar que como tal ejerció muchos años. He dicho ‘como tal’, si queremos entender que lo fue el haber dedicado parte de su vida a recorrer los caminos y luchar contra los gigantes que le salieron al paso, que no en menos consideró a tanta institución vestida de negro, tanto cacique opresor, tanto moro explotador o tanto falso cristiano. Contra estas ‘figuras’ levantó a su insobornable Don Quijote, siquiera para poner a prueba su ingenio y dar al mundo una historia ‘divertida’, de tal naturaleza que a los mismísimos censores pareció inocua.

La carga salvífica iba dentro. Su diatriba general llegaba oculta en las locuras de un buen hombre, y así pasó por la aduana como Pedro por su casa. Cuando el mundo se dio cuenta ya estaban enterrados en la fosa común de la historia los repelentes y nocivos libros de caballería; es decir, toda la generación de caballeros absurdos, idiotas e ‘irreales’ objeto de sus dardos. Pero no todos eran irreales. Dos veces menciona al Cid: “...decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero...! (Q. I, 1), y, hablando de caballos, “...que ni el Bucéfalo de Alejandro ni el Babieca el del Cid...” (Q. I, 1)., además de al mismo Alejandro, Aristóteles, etc. O sea, que los tenía en la mente, quiérese decir con nombres y apellidos, aunque, debió pensar, ‘el que lo quiera entender que lo entienda’. Sí, el universo ya pretérito de los caballeros andantes era su mundo recordado de combates en cubierta, de cárceles oscuras, de brazos inutilizados, de matrimonios absurdos, de embarazos a damas furtivas, de persecuciones injustas, de pago de multas, escasez de medios y un sinfín de penalidades que efectivamente vivió.

Así que Don Quijote viene a ser el sosias de Cervantes, su espíritu. Sólo con que esto fuera cierto ya sobraría razón para dejar argumentado que estaba cuerdo, pero no procede dejar sueltos los cabos de la historia. Porque, querámoslo o no, Don Quijote tenía su pasado, su arraigo y su hora. Es decir, su espacio y su tiempo, y su energía. Es posible que un día de estos me abstraiga de otros menesteres y entre, como Reynaldos de Montalbán, a interrumpir el descanso en que su amo le quiso dejar para siempre. Porque, caramba, habrá que tratar de descubrir qué lugar de La Mancha era aquél del que no quería acordarse.

